

## El papel de los movimientos sociales

Tomás Rodríguez Villasante

Profesor de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.  
Miembro de la red U. I. M. S.

En la historia de los movimientos sociales (sindicales, urbanos y otros nuevos) podemos decir que éstos no tienen por qué reducirse a contenidos reivindicativos, tanto por salarios directos como indirectos, sino que hay otros componentes, comunicativos y culturales, que hemos de tener en cuenta con tanta importancia o más. Los propios sindicatos obreros del siglo XIX y principios del XX eran auténticos centros culturales de barrio o pueblo, iniciativas de cooperativas, de partidos, centros sociales, tanto para fiestas como para reivindicaciones, y éstas tanto urbanas como rurales.

Los movimientos sociales urbanos, por tanto, entendemos que tienen esta tradición como el propio hecho urbano, aunque sin duda con la urbe industrial y luego con la ordenación del territorio en torno a metrópolis han tomado unas dimensiones mucho más importantes para el cambio social. Los sindicatos tenían sus Casas del Pueblo, sus Ateneos y las Asociaciones que allí se constituyeron. Carnets de afiliados tenían hombres, mujeres y niños, y todo estaba mezclado entre lo sindical, lo cultural, lo político y lo ciudadano. Las luchas por el problema del pan o de la vivienda son una constante de aquellos movimientos en todo este siglo. La diversificación de asociaciones e iniciativas a partir de aquellos centros ciudadanos se consideraba un éxito, y el punto de unión de todos ellos era una delimitación territorial y un cierto proceso transformador que englobase todas aquellas iniciativas de base.

El análisis de los textos clásicos de marxismo y literarios también insiste en plantear los

análisis sobre la trama de conciencia social a partir de una complejidad de experiencias y no sólo desde las luchas salariales o de empresa. Por ejemplo, en *La condición de la clase obrera en Inglaterra*, de E. Engels, no sólo se contempla la condición de explotación de los obreros, sino también las formas de producción del espacio en Manchester e incluso el significado de las canciones de los barrios. Es decir, se hace intervenir en el análisis no sólo las determinaciones estructurales, sino también las concreciones territoriales y hasta el análisis etnológico puntual en cierta medida.

Por ello, cuando observamos que en el renacer de los análisis históricos sobre movimientos sociales se ha hecho un reduccionismo al sindicalismo del salario (en la fábrica, directa, en el barrio, indirecto), nos parece una simplificación que perjudica de manera notable a los movimientos y a las posibilidades de cualquier transformación social; porque, en un sentido, limita en plan corporativista las actividades asociativas, o bien, desde otra perspectiva, las hace depender de un planteamiento electoral-partidista en forma de «cuerpo de transmisión» que igualmente reduce el contenido de los movimientos sociales, impidiendo su desarrollo posible. Las brillantes aportaciones de M. Castells y algunos otros, ya desde hace años las tenemos discutiendo, pues han reducido, a nuestro entender, este concepto de los movimientos ciudadanos casi en totalidad a un contenido de sindicato de salario indirecto y de cuasareivindicaciones como único marco de referencia.

La situación actual de los movimientos sociales urbanos corresponde a procesos de «innovaciones» de pequeños grupos, tanto formales como informales, que plantean nuevas y viejas iniciativas locales. Se ha multiplicado el número de asociaciones, aunque su incidencia en coordinaciones sea más coyuntural y no siempre con horizontes tan comprensivos como antes. Se observa que se dan dos tipos de coordinaciones que funcionan operativamente, y que principalmente son las secretarías especializadas en algún aspecto retributivo concreto, o bien las territoriales, con un núcleo más comunitario o ciudadano, donde la política local hace presencia con temas concretos.

Es importante señalar que la tendencia que podemos observar en la multiplicación de asociaciones de todo tipo es la gran diversidad y el agudo sentido de la autonomía con la que pretenden desarrollar sus actividades. Entendemos que este fenómeno no se puede reducir a un análisis del «individualismo» de la sociedad capitalista, sino más bien a un afán de «apropiación» de los espacios y actividades por un sentimiento comunitario de pequeña «tribu» que rehúsa ser «cola de león» y prefiere ser «cabeza de ratón». Es más una crítica del burocratismo y del corporativismo que otra cosa. Es un fenómeno de autoorganización de grupos y sectores que se sitúan en sociedades maduras, con capacidad para ejercer directamente sus derechos, sin pedir permiso a entes superiores o ellos mismos. En este sentido, se empieza a pasar de lo reivindicativo al Estado para algunas cosas a un criterio de autogestión directa. Sin duda, en esto hay muchos matices que analizar, pero, como tendencia apreciable, creemos que se debe señalar, pues si no es difícil entender esta crítica de los movimientos sociales en presencia de estas nuevas formas.

Hay también un principio de territorialidad comunitaria que subyace a hostias de estas colectivos o asociaciones (especialmente a las sociales), que supera la especialización de base, estando en las reivindicaciones y servicios locales (como parroquias limas o centros socio-culturales). En no pocas ocasiones, la

importancia está en lugares físicos locales, donde hay un bar, clubs de adultos, comisiones reivindicativas o una radio comunitaria, donde hay un subsector socio-político concreto y plural, de iniciativas creadoras y medios unitarios con otras asociaciones y colectivos.

Cuando alcanzamos distintos niveles de coordinación, la posibilidad de la territorialidad se debilita y pasamos a asumir principios de especialización mayor de los servicios ciudadanos. Si las asociaciones locales (barrios y pueblos) son escuela de democracia de base, las federativas y coordinadoras son un aspecto complementario, con servicios especializados para la reivindicación o autogestión en materia de vivienda, de salud, de consumo, de medio ambiente, etc. Estamos hablando a escala de una gran metrópoli, una comarca o una región, donde una cierta especialización de cada movimiento social, ante agresiones sectoriales claras, buscará, para casos concretos, coordinaciones socio-políticas para reivindicar soluciones concretas (procesos de reindustrialización, defensa del medio ambiente, etc.). Todo esto nos lleva a la necesidad de análisis internos (y autorítmicos) de los procesos comunitarios de conciencia social, y desde ello al desarrollo de una autonomía socio-política de estos movimientos, con sus propios horizontes y personalidad teórica y metodológica.

Los conjuntos de acción tienen sus ciclos no sólo por determinancias externas, sino también por circunstancias internas. Los procesos de creación, maduración y desarrollo vienen seguidos de procesos de gestación y/o populismo, y así aparecen nuevas formas, etc. Existen algunos elementos que definen el proceso en su fase creativa ciudadana como «conjunto de observación», de forma que el movimiento social llegue a ser movimiento popular, con un horizonte y personalidad propias de transformación social y territorial. Entendemos que se puede y debe renovar continuamente una cultura ciudadana alternativa, que supere viejas esquemas y que aparte iniciativas crea-

deras desde la base social y la apertura crítica ideológica.

Un buen indicador es el análisis interno de los movimientos sociales, y no sólo el análisis desde sus documentos hacia fuera o desde las declaraciones de sus dirigentes. Pretender la hegemonía ideológica como el los procesos de constitución fueren simples hacia la base social lleva regularmente a los mayores errores. Una cosa es lo que se hace inicialmente, otra lo que se vota e incluso otra cosa es el comportamiento particular, y aunque son redes con conexiones, son diferentes. El juego cíclico de estos procesos de gran complejidad no se puede reducir a los simplones que a veces con fines electoralistas se pretende. La otra y propia la lógica de los movimientos sociales, que no se puede entender sólo desde lo electoral ni desde lo político, sino desde lo socio-cultural, que tiene repercusiones transformadoras de comportamientos cotidianos, que en el horizonte amplio pueden y deben ser entendidos políticamente.

Las condiciones de estas «alter-acciones» (acciones con otros) de las iniciativas ciudadanas creativas exigen algunas reglas que se reiteran, como son:

a) La puesta en crisis de las «representaciones de las imágenes del poder», es decir, el inconformismo con aquellas imágenes referentes que se imponen sobre la sociedad (como son el consumismo, el patriarcalismo, etc.). Determinados acontecimientos públicos suelen mostrar regularmente a la población que tal cultura separada y por encima de todos no es tan homogénea como se pretende, ni tan racional. En determinados momentos, estas imágenes del poder son más débiles por estímulo, por crisis económicas, etc., y queda en evidencia la pretendida omnipotencia del sistema.

b) Algunos de los «grupos artidores formales ideológicos», conscientes de su pequeña importancia numérica y de la inadecuación de sus grandes dogmas a la realidad concreta local, se abren a aprender de las

experiencias cotidianas, y, por la práctica, reformulan sus postulados ideológicos en función de la operatividad de la transformación social (nuevas concepciones de liberación en la pedagogía, el marxismo, la teología, el ecologismo, etc.). Analizan críticamente las experiencias más validas y las prueban en otros contextos, con lo que enriquecen los movimientos y su propia conciencia social.

c) Las aportaciones de los «sectores informales activos comunicadores de estereotipos fundamentales», porque traducen a marcos estereotipos locales y lenguaje coloquial aquellas aportaciones críticas recibidas y aportan principios de reciprocidad y solidaridad por tales contextos que funcionan desde la base y la constancia.

Un movimiento social no se puede basar sólo en la racionalidad de las propuestas, sino en los mecanismos afectivos y de confianza establecidos durante años entre las personas. La creatividad desde las redes informales no es tanto un proceso intelectual como un entusiasmo grupal o sectorial, que no suele desarrollarse por no encontrar un marco de confianza. Justamente, lo que es preciso aportar desde las ideologías es ese marco de confianza y de iniciativa para que la potencialidad popular pueda desarrollarse alter-activamente. Porque lo normal es que tales potencialidades estén desviadas hacia el mito de una cultura separada y totalizadora que se presenta tal a través de los grandes medios de comunicación. La sociedad del espectáculo trata de imponer a espectadores pasivos inermes anterior derecho de tecnologías y poder. A pesar de lo cual, en los barrios hay una codificación y decodificación de las imágenes recibidas, y hay tradiciones populares de reciprocidad, de donde se puede partir para demostrar que desde la cotidianidad son posibles alter-acciones creativas.

Los movimientos sociales sin política y sin grupos ideológicos son inoperables, al menos en una acepción amplia de estos términos, y si son correa de transmisión de un partido, suc-

len ser un fracaso como tales movimientos. Los movimientos populares ciudadanos se mueven sobre una base consuetudinaria y unos horizontes socio-políticos propios, en un sentido no partidista, desde los grupos ideológicos pueden jugar un papel subsidiario a la lógica interna y propia del movimiento popular cuando logra desarrollarse. Muchos movimientos sociales no tienen conciencia de su propio papel ni están en la dinámica de recrear su propia cultura democrática de base, y por eso hay que distinguirlos de los movimientos populares que sí están en esos procesos.

Desde determinados análisis de los movimientos sociales, se pretende reducirlos a meros mecanismos apolíticos y apartidistas, que tienen una lógica reivindicativa y sectorial propia, que son funcionales para el desarrollo de las sociedades complejas en su estricto papel sindical, y en ese sentido complementaria y sucesiva de todo el sistema vigente (tal como los movimientos sindical o de consumidores en Estados Unidos). Este tipo de planteamientos nos parece que ocultan una realidad muy distinta, y es el papel que realmente juegan en una sociedad tan interconectada como movimiento, tanto por los intereses que incrementan a ellos se mueven como por los factores externos que representan y su eficacia o crítica hacia el sistema establecido.

Una variante del análisis nos muestra la pretensión de determinados partidos políticos de usar electoralmente o revolucionariamente, o incluso para mantener una hegemonía legitimada, una cultura de transmisión con algunos movimientos sociales. Especialmente de cara a la Administración Local, esto suele ser usual con los movimientos sociales urbanos, y se pretende transferir el liderazgo de un movimiento social a la lógica electoral sin darse cuenta de que son redes diferentes, aunque conectadas, y que eso es una conexión compleja y no inmediata. No se pueden leer las redes sociales sólo desde los intereses de partido, y menos aún desde los intereses de partido, para estas situaciones coyunturalmente favorables, matando al tiempo la gallina de los huevos de oro. La lógica de los movimientos es propia,

concreta y repartidora en sus cosas locales, y con horizontes que no se ajustan a plazos electorales. El sentido común de los sectores populares se confronta a las pretensiones legitimadas de muchos dirigentes políticos y tentados por la lógica del poder y del Estado. Pero la vida es más que eso, y cuando los sectores se ven manejados, se retiran de tal movimiento.

Entendemos que hay una lógica propia a construir por los propios movimientos sociales, contritiendo en movimientos populares con la obediencia del pueblo. (P. González Casanova). Para suponer partir de las diferencias de los movimientos y de los planteamientos críticos internos a cada uno, pero en una voluntad de construcción común de una lógica de la acción popular más allá de sectarismos o dogmatismos estrechos. La forma de superar corporativismos y correas de transmisión es la territorialización (a escala local y también regional) de las acciones de los movimientos, en configuraciones múltiples y abiertas que permitan articular alternativas globales. La clave para cualquier transformación social es que en la sociedad civil se vayan instalando patras de conducta y consensos contra-hegemónicos, y que todo ello vaya confluyendo en una lógica territorial emergente, haciéndose inevitable por el consentimiento popular, por las prácticas cotidianas.

La idea de un movimiento social es un concepto abstracto, una categoría de análisis que se refiere a un tipo de movimiento que se caracteriza por ser un movimiento que se desarrolla en un espacio geográfico determinado y que tiene una estructura organizativa propia. Este tipo de movimiento social es el que se refiere a los movimientos sociales urbanos, que son aquellos que se desarrollan en un espacio geográfico determinado y que tienen una estructura organizativa propia.

La idea de un movimiento social es un concepto abstracto, una categoría de análisis que se refiere a un tipo de movimiento que se caracteriza por ser un movimiento que se desarrolla en un espacio geográfico determinado y que tiene una estructura organizativa propia.